

JESÚS CANO REYES. *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la guerra civil española*. Barcelona, Calambur, 2017. 442 págs.

BOBBY DEGLANÉ. *Crónicas de la guerra civil española*. Edición de Jesús Cano Reyes. Sevilla: Renacimiento (Espuela de Plata), 2019. 356 págs.

Profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid, Jesús Cano Reyes se adentró por primera vez en el estudio del impacto de la guerra de España en Chile cuando colaboró con Matías Barchino en la edición del enciclopédico *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2013). Ahora, en su estudio monográfico *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la guerra civil española*, se ha propuesto la recuperación de un género largamente marginado por la crítica –el de la crónica– para explorar las “relaciones promiscuas” entre la literatura y el periodismo en el contexto de la más literaria de las guerras del siglo XX y para recuperar una “zona olvidada” de la producción de autores reconocidos como figuras centrales del canon como Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Raúl González Tuñón (*La imaginación incendiada* 23). Atento al maniqueísmo y a la implicación sentimental propios de autores que escribían desde el escenario bélico, Cano Reyes ha hurgado en diarios y revistas de toda Hispanoamérica en busca también de corresponsales menos conocidos y ofrece en su libro un análisis de la obra de cuarenta y tres corresponsales.

De ellos, siete son chilenos. Luis Enrique Délano, mientras trabajaba en el consulado en Madrid con Neruda, desatendió sus labores de corresponsal para *El Mercurio*, pero después de abandonar la ciudad hacia finales de noviembre de 1936 comenzó a escribir las crónicas de su vivencia testimonial que se publicarían al año siguiente en la prensa chilena y en su libro *Cuatro meses de guerra civil en Madrid* (109-117).

El diario *Frente Popular* se vanaglorió del prestigio de su corresponsal estrella, Vicente Huidobro, y en cierto momento anunció –equivocadamente–, en una noticia del 1 de julio de 1937 titulada “¡Combatiente!”, que este se había alistado en el Ejército Popular. Al final, a pesar de las numerosas entrevistas y ensayos que publicó durante y después de su estancia en España, la labor de cronista del poeta se redujo a un solitario texto, “Triunfo de la República es seguro y próximo, dice Vicente Huidobro en su correspondencia en España”, firmado el 11 de junio pero publicado el 28 de julio de 1937, y en el que contaba, de manera un tanto improbable, que había aprovechado la escala de su barco en Gibraltar para infiltrarse en territorio franquista (307-315).

Un tercer corresponsal, el comunista Salvador Ocampo, viajó a España en representación de la Confederación de Trabajadores de Chile y en las cuatro crónicas sobre su viaje publicadas en *Frente Popular* durante 1938 denunció el bombardeo de escuelas por parte de los aviones alemanes e italianos de Franco, celebró el estoicismo de los madrileños que no se dejaban amedrentar por el lanzamiento de obuses sobre su ciudad y narró sus encuentros con Enrique Lister (“¡Yo conocí al coronel Lister!”) y con el general “José Miaja, defensor de Madrid” (254-257).

El más diestro de los corresponsales chilenos en zona republicana sería, sin embargo, Juvencio Valle, corresponsal de guerra de *Ercilla*, que envió crónicas cargadas de emoción que relataban su llegada a España y sus vivencias del conflicto en Barcelona y

Madrid (354-367). Según muestra Cano Reyes, el “poeta vegetal” –así lo había bautizado Arturo Aldunate Phillips– escribió sobre España sin renunciar a sus raíces, registrando minuciosamente el paisaje aún libre de la destrucción en la costa mediterránea y examinando luego la irrupción en él de la guerra: “La relación entre la muerte provocada por el hombre y el renacimiento que encarna la naturaleza está presente en todas sus crónicas; en realidad, es la tensión medular de toda su experiencia española” (360). El estruendo de los obuses ahogaba el canto de las aves, los ríos se llenaban de sangre, pero aun así, Valle buscó entre las ruinas señales de una naturaleza que resistía, de ciclos que no dejaban de renovarse. Cano Reyes destaca sobre todo el testimonio de su experiencia en las trincheras del frente de Madrid, donde las nociones de vida y muerte, victoria y derrota, se moldeaban de manera tremendamente idiosincrásica a la mirada y las inquietudes del poeta del Sur:

Estoy en el oscuro corazón de la tierra. Y aquí no solo veo producirse la muerte; veo también, con ojos maravillados, el imperceptible comienzo de la vida. Las raíces ciegas se alargan en la sombra y la gota cristalina se enlaza a los anillos temblorosos de la planta. Ahora me explico claramente de qué manera tan simple los árboles viejos echan brotes nuevos; sé por qué las flores se iluminan con los más vivos atributos del iris. Es que estoy viendo moverse las manos de la tierra. Veo sus uñas incesantes, su áspera boca nocturna. Aquí abajo se generan las grandes arquitecturas de la tierra. Mi sangre de campesino lo sabe y se precipita victoriosa como la savia en los troncos (363).

En el bando franquista, Cano Reyes señala los golpes periodísticos conseguidos por el senador Maximiano Errázuriz, diplomático de la Embajada de Chile en el Vaticano, que emprendió un viaje relámpago de Roma a Salamanca para encontrarse con el generalísimo Franco y publicó la resultante crónica –con entrevista incluida– en noviembre de 1937 en la revista *Estudios* (210-215), y por la novelista Letizia Repetto Baeza, que en abril de 1937 publicó en *El Mercurio* “Mi entrevista con la esposa de Franco” (219-222).

El séptimo de los corresponsales chilenos era Bobby Deglané.

Es probable que el nombre de Roberto Deglané Portocarrero (Iquique, 1905-Madrid, 1983) resulte desconocido para la mayoría de los lectores chilenos. A alguno, tal vez, le recuerde vagamente los párrafos de *Confieso que he vivido* en que abordó Neruda el comienzo de la guerra de España y la muerte de Federico García Lorca. Con esas palabras de Neruda, precisamente, inicia Cano Reyes su extensa introducción al libro *Crónicas de la guerra civil española*, “La voz apasionada de Bobby Deglané”:

Todo empezó para mí la noche del 19 de julio. Un chileno simpático y aventurero, llamado Bobby Deglané, era empresario de *catch-as-catch-can* en el gran Circo Price de Madrid. Le manifesté mis reservas sobre la seriedad de ese “deporte”, y él me convenció de que fuera al circo, junto con García Lorca, a verificar la autenticidad del espectáculo. Convencí a Federico y quedamos en encontrarnos allí a una hora convenida. Pasáramos el rato viendo las truculencias del Troglodita Enmascarado, del Estrangulador Abisinio y del Orangután Siniestro.

Lorca, sin embargo, no acudió a la cita. Andaba ya “camino de su muerte” en Granada (Deglané, *Crónicas* 7-8).

Para un lector español de cierta edad, en cambio, el nombre de este chileno de madre sevillana, que se hacía llamar “Bobby” y llegó por primera vez a Madrid en 1934, es el de uno de los más célebres locutores de radio de la época franquista, fundador y protagonista de programas sumamente exitosos como *Cabalgata fin de semana* y *Carrusel deportivo* (1954). Sus crónicas de la guerra, publicadas originalmente en el semanario *Fotos* de San Sebastián y olvidadas hasta el presente, son el fruto de un joven singularmente intrépido, que como fotógrafo y aspirante a escritor se atrevió a pisar las trincheras franquistas a lo largo y ancho de España en busca de historias e imágenes que expondría con un dramatismo cuya intensidad fue alcanzada por muy pocos corresponsales de la época.

Entre los sesenta y un textos de *Fotos* reunidos por Cano Reyes, destacan los que enmarcan la experiencia bélica de Deglané y presentan de manera ejemplar al personaje sumamente carismático que protagonizó, como observador dispuesto a asumir cualquier riesgo, todas sus crónicas. “Cuando yo era ‘alcalde’”, publicada el 18 de septiembre de 1937, relata las semanas que pasó en una cárcel madrileña desde comienzos de noviembre del año anterior. La llegada de un despiadado “camarada responsable” llenó de inquietud a los “ciento veintitrés presos, posiblemente todos de ‘derechas’” (47) que estaban confinados en el sótano de la cárcel, sobre todo cuando aquel se dispuso a elegir al encargado que habría de “responder con su cabeza de la disciplina y buen comportamiento de los presos”:

Se paseó frente a nosotros, varias veces, escrutándonos el rostro con su mirada penetrante y autoritaria, buscando la víctima de su elección. De pronto y como si yo le hubiese clavado un alfiler, se volvió hacia mí y apuntándome con el puño derecho me dijo:
 –A ver, tú. ¿Cómo te llamas?
 –Bobby Deglané –contesté con energía.
 –Bobby, Bobby –repitió el responsable, haciendo un gesto de extrañeza, y agregó–.
 Pero si ese es un nombre de perros (50).

Designado –a pesar de su nombre– como responsable del sótano, Deglané fue tratado como “Alcalde” por los presos, y tuvo libertad de movimiento para recorrer las galerías de la cárcel, conversando con todos y divulgando los bulos y noticias “que, como un inyectable, nos reconfortaban de nuestras penurias, tragedias y adversidades” (50). Sus conocimientos del inglés llevaron al “camarada responsable” a exigirle clases del “idioma de Shakespeare”, aunque ese “se puso ‘mosca’ cuando le dije que ‘bueno’ en inglés se decía ‘gud’, pero que se escribía ‘good’. No me quería creer y hasta me amenazó con darme el paseo si aquello era un ‘camelo’” (51).

Después de que consiguiera la libertad –gracias a presiones de la embajada chilena en Madrid–, los presos se despidieron de él dando vivas a su Patria, al que contestó con un atrevido y “estentóreo ¡Arriba España!” (52). La experiencia en la cárcel lo había convertido en falangista, en seguidor entusiasta de la Cruzada de Franco, y después de abandonar la zona republicana en la primavera de 1937 no tardó en regresar a la España nacionalista y dedicarse a sus labores de fotorreportero.

Eran labores que vivió, sin duda, con pasión. Así se ve, a pesar de la queja aparente, y a pesar de todos los peligros, al comienzo de su crónica “La Navidad en las trincheras” (1 de enero de 1938):

Ejercer el periodismo de guerra tiene sus gajes e incomodidades, de los que el repórter suele salir con las de perder; cuando no es un resfriado con cariz de bronconeumonía, es un tiro certero que para en seco la curiosidad informativa de aquel señor que, con pantalones extravagantes, un gorro inverosímil y una “Leica” al hombro, se mete por esas trincheras crepitantes a caza del objetivo informador. Ahí está el lamentable caso ocurrido en Durango al camarada Marín, que en una de sus audacias profesionales, cámara en ristre, le cogió un disparo rojo, derribándole con un certero tiro en la clavícula. Pero el venir al frente de Madrid en la víspera alegre de Navidad y adentrarse en los parapetos y mirillas que cubren las fuerzas que componen la Brigada alojada desde hace un año en los suburbios de Madrid es cosa que bien vale la pena de correr el riesgo de un tiro (75-76).

Era, en efecto, un trabajo peligroso. En julio de 1937, en plena batalla de Brunete, había muerto aplastada por un tanque la fotógrafa Gerda Taro, y en diciembre de ese año, mientras viajaban desde Zaragoza para cubrir la defensa franquista de Teruel, murieron también Bradish Johnson, corresponsal de la revista estadounidense *Newsweek*, junto a Ernest “Dick” Sheepshanks de la agencia Reuters y Edward J. Neil de Associated Press.

La clausura emocional de la experiencia bélica de Deglané –que no corresponde a la última de sus crónicas en *Fotos*, “Bastidores de la guerra. ¡Proyectiles!” (11 de noviembre de 1939), que ya se centraba en el conflicto mundial– se relata en otro texto fascinante, “Cómo entré en Madrid”, del 8 de abril de ese año. En él, narra el cronista lo sucedido once días antes, el 28 de marzo, cuando los defensores de la República abandonaron sus puestos en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Ante la inminente toma de la capital, Deglané pidió permiso a la autoridad militar para cruzar las líneas y, “bajo mi responsabilidad y por cuenta propia”, entrar en Madrid. Le fue denegado, pero no pudo resistir la tentación. Saltó sobre las alambradas franquistas, atravesó el campo minado, logró cruzar las barricadas de cemento del lado republicano y entró corriendo cuesta arriba hacia Argüelles. Era el primer franquista en llegar a la capital:

Había pasado solo tres calles cuando ya encontré grupos de mujeres y jóvenes madrileños que llevaban brazaletes nacionales y que cantando se desbordaban camino de las barricadas para mirar si entraban nuestras fuerzas, que a su vez esperaban con impaciencia la orden de adelante. Uno de estos grupos vio mi uniforme de Falange y, creyendo que se trataba de un falangista, que salía de su casa vistiendo por primera vez el uniforme, me saludaron con un estentóreo ¡Arriba España! Pero cuando se dieron cuenta de que mi aspecto era más bien de procedencia nacional se abalanzaron sobre mí y abrazándome me llevaron en alto por las calles de la capital de España. Como mi intención era llegar cuando antes al micrófono de Unión Radio de Madrid, supliqué a estos entusiastas y jubilosos madrileños me permitieran realizar mi intento. Entonces todos gritaron:

–Sí, sí, a la emisora. Que hable por Unión Radio.

Detuvimos a un coche que con banderas de Cruz Roja se veía venir a gran velocidad, mientras sus ocupantes gritaban: ¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco! En él llegué hasta Unión Radio, donde encontré montadas en servicio a las fuerzas de la quinta columna de Madrid, o sea a los españoles, que, sin esperar a que entraran nuestras tropas, se lanzaban a la calle en conquista de la capital. Formalizados los trámites de

rigor, se me entregó el micrófono de la emisora, a través del cual lancé mi primera crónica de Madrid (300).

Franco ganó la guerra de España y disfrutó su triunfo durante treinta y seis años de dictadura. Ante la historia, en cambio, todo lo que representó está perdido. Ningún libro de mérito avala su victoria, ningún intelectual de mérito sobrevive como defensor de sus postulados. Algo hay, sin embargo, en Bobby Deglané –así lo muestra Cano Reyes–, no en los momentos más mecánicos de propaganda franquista que se encuentran en sus crónicas, sino en la frescura del diálogo que establece con sus lectores, en la precisión plástica de sus descripciones, en la caracterización tan seductora de su personaje –ese corresponsal intrépido que es, a la vez, un testigo sensible que contempla la guerra con “pupilas dilatadas por la emoción” o “anegadas de sombras” y con ojos constantemente bañados por las lágrimas– y, por último, en su verbo, que tiende a la grandilocuencia en momentos de intensidad, como cuando personifica la ciudad asediada de Madrid (“Madrid, la capital dolida, se levanta sobre el verdor de sus pastos nuevos y parece que nos extendiera sus brazos”), pero titubea también –de manera compulsivamente autorreflexiva– ante el reto de narrar lo aparentemente inenarrable (20-23).

Las *Crónicas de la guerra civil española* de Bobby Deglané, gracias a textos tan memorables como “Té moruno en la Ciudad Universitaria” –su relato de una visita a las tropas “moras” en el frente de Madrid (253-257)–, ofrecen *otra* mirada sobre ese conflicto tan decisivo que fue la guerra civil (y la lucha contra el franquismo) no solo para España sino también, de manera muy particular, para la historia y la cultura chilenas, como hito definitorio en la obra de Pablo Neruda pero también en la trayectoria vital de otros muchos intelectuales y políticos, y como un conflicto contemplado –desde los años sesenta, en canciones de Violeta Parra, Rolando Alarcón y Víctor Jara– como un espejo atroz de lo que podría suceder, y terminó sucediendo, en Chile.

NIALL BINNS

Universidad Complutense de Madrid
nbins@filol.ucm.es